

Nº 365
AÑO XLI

POLITICA ESPIRITU

JUNIO DE 1987

Santiago de Chile.
Precio \$ 280.— Includo
IVA. Recargo por flete I,
II, XI y XII Regiones \$ 20.—

**Educación:
crisis y perspectivas**
**Diálogos para el
entendimiento**



**“La Moneda ardiendo”:
entrevista exclusiva a
Nemesio Antúnez**

Nemesio Antúnez: una vida dedicada al arte

Renzis Balthan

—“Pero, si se rajó Antúnez. Es increíble lo que ha pintado”.

Próximo a cumplir 70 años, Nemesio Antúnez ha pintado desde los 11. Reconoce en Pablo Neruda al inspirador de su generación, pues le enseñó a ver Chile con ternura, como se quiere al ser amado. Siente la necesidad de expresar lo que pasa en el país. Vio el bombardeo de la Moneda y lo pintó porque no podía dejar de hacerlo. He aquí una suerte de radioscopia artística de quien ha seguido una vocación llena de hondas satisfacciones y mucho esfuerzo.

Conversamos en su taller, dentro de su hermosa casa ubicada en Monseñor Carlos Casanueva, cerca de lo que fue cantera de los Martínez y cuyos terrenos ocupa hoy la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica. Es una conversación informal la que mantenemos, eso sí atento yo a descubrir su personalidad de artista que domina las técnicas de la acuarela, el óleo y el grabado, que ha viajado mucho y vivido largos años en varios países, incluyendo Italia, Francia y Estados Unidos, que ha reflexionado sobre lo que ha sido su vida en el arte, de la cual se siente orgulloso y que no cambiaría por ninguna otra.

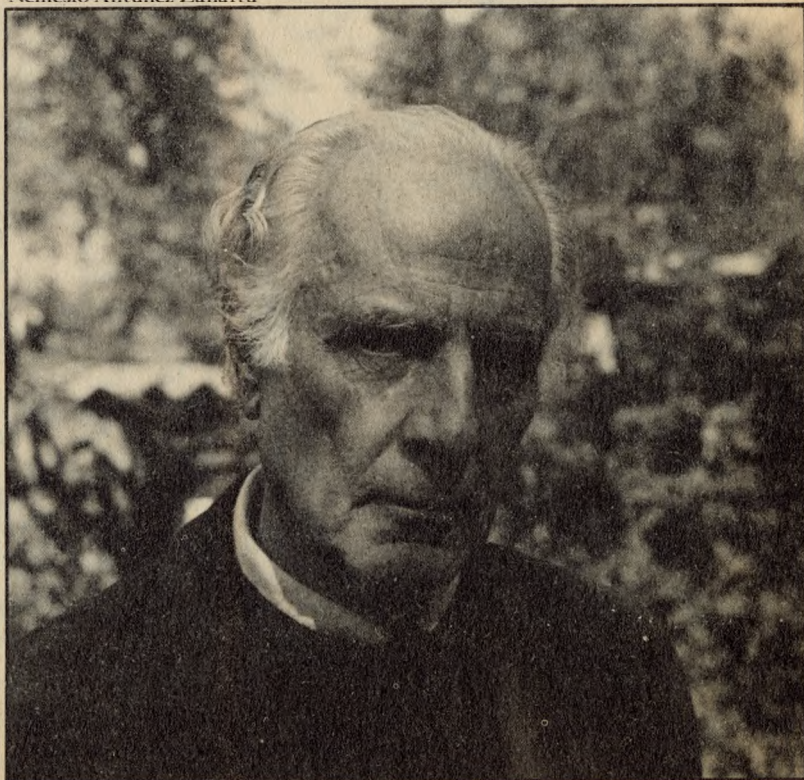
—¿Cuándo empezó a pintar?

—He pintado desde chico, cuando tenía once años. Recuerdo que me educaba en los Padres Franceses y quería ser arquitecto. Mi papá y todo el mundo querían que fuese arquitecto. Fui arquitecto e hice los estudios en la Universidad Católica. Más tarde gané una beca de estudios y viajé a Estados Unidos. Dentro de la arquitectura descubrí la acuarela. Fue algo que me sorprendió y dio a mi vida otra dimensión. Veníamos a esta cantera

distante una cuadra de la casona de los Martínez. Todo esto era un camino de tierra. Hablo de 1936. Había un puentecito peatonal frente a Montolín. Hacer acuarelas era

parte del entrenamiento de estudiante de arquitectura. Comencé hacer acuarela a mi manera y me salió bien. Mis compañeros decían: —“pero, si se rajó Antúnez. Es increíble lo que ha pintado”. Lo que hacía era mojar el papel y poner los colores con toda soltura. Mis compañeros en cambio trataban la acuarela como quien hace óleo, una acuarela seca, tratando de captar aquella cantera fotográficamente. Fue un flechazo que me convenció de que eso era lo que me gustaba: hacer chorreadas con los pigmentos de color. No quería hacer edificios y sí, muchas acuarelas. Estaba como tocado. Pasaba en el cerro San Cristóbal sábados y domingos haciendo acuarelas.

Nemesio Antúnez Zañartu



relas: 30 en un fin de semana que luego colgaba en las paredes de la casa, rompía 25 y me quedaba con cinco a las que no me cansaba de mirar. Fue algo sensacional. Se lo comuniqué a mi padre y él me dijo: —“debe recibirse de arquitecto”. Mi padre era corredor de propiedades. Pensaba que íbamos a trabajar juntos, loteando en el barrio alto y yo edificando departamentos que venderíamos por pisos. Eso no me interesaba. Quería hacer acuarelas. Para mi padre, yo era un pinta monos. Lo curioso es que mi hermano segundo fue pintor, también el tercero. El pobre sufrió mucho. El veía el arte como la bohemia, como el café y el alcohol. En cambio yo lo veía como trabajo, como una profesión tan digna como la arquitectura.

En Estados Unidos conseguí un máster en arquitectura y permanecí pintando siete años. Mi padre cortó toda relación conmigo. Consideraba que aquello era cosa de locos, fuera de lo posible e ininteligible.

—¿De qué vivió todos esos años?

—Hice toda clase de oficios. Trabajé en una tienda de marcos, lavé automóviles y platos en restaurantes, todo lo que hace un joven de 25 años con tal de pintar. En esos siete años de vivir en Estados Unidos me hice pintor.

—En su opinión, ¿se nace o hace artista?

—El artista no elige ser tal. La naturaleza lo dota con ciertos atributos, ciertas capacidades que lo guían por sensibilidad o lo que sea. No hice arquitectura, aunque pude hacerla bien. Pero yo deseaba tan sólo pintar monos, como decía mi padre, hacer cosas de las cuales la gente se sorprendiera, les gustaran y quisieran tenerlas en sus casas. Digo que es algo sorprendente.

—¿Por qué se nace artista? me pregunta. No sabría decirlo. En mi familia no había antecedentes. Eran agricultores, no artistas. ¿Por qué se produjo en mí? No lo sé, pero me lo tomé muy en serio. Fue como una vocación. Voy a

cumplir 70 años y he pintado desde los once; es decir, toda mi vida y sin parar. Mi padre pensaba que esto de pintar era la bohemia. Claro está, no oculto que de cuando en cuando tomo mi traguito; pero el trabajo y la dedicación son todo. He escrito recientemente a los jóvenes diciéndoles que no basta con el talento, además es necesario trabajo: un trabajo serio y profundo, con mucha dedicación, para llegar a ser un artista.

—Usted señala que en Estados Unidos se hizo pintor. ¿Recibió allí la influencia de algún artista en particular o de alguna escuela de vanguardia?

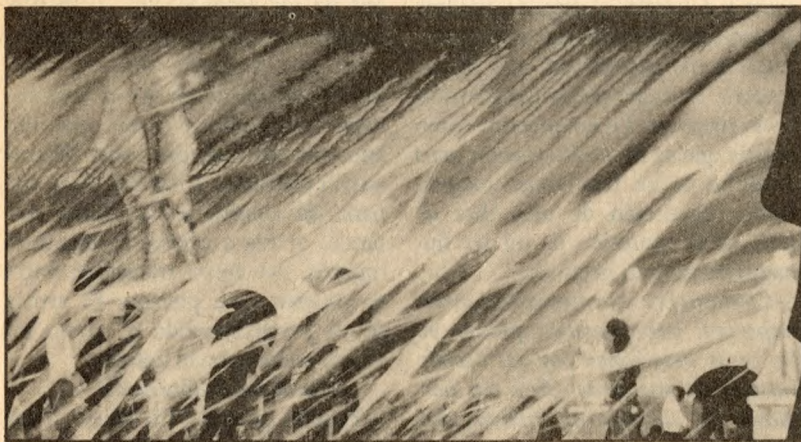
—Yo siempre he estado contra las modas. Cuando viví en Nueva York, había lo abstracto, el expresionismo y Jackson Pollak que chorreaba la pintura. Me refiero a los años 1943 y 1950. Todas las galerías mostraban arte expresionista o abstracto. Pollak no pintaba con pinceles o brochas, chorreaba pintura con tarros a los que había hecho hoyitos. Hacía cua-

Fin de fiesta. Oleo sobre tela, 90 x 60 cm. 1970.



Signos y cama. Oleo sobre tela, 30 x 40 cm. 1952





Lluvia en el parque. Oleo sobre tela, 30 x 60 cm. 1984.



Farándula. Oleo sobre tela, 40 x 70 cm. 1983

dros muy decorativos. No entré en eso y me mantuve fuera de la moda.

—Fue por aquel entonces que descubrí la ciudad de Nueva York. Trabajaba en una revista haciendo compaginación en el piso 31 del edificio Rockefeller Center. Desde aquella altura yo miraba a la gente abajo como hormigas. Era el cruce de la calle 54 con la sexta avenida y, al cambio de luces, las personas cruzaban en pelotones de a cien en ambos sentidos. Comencé a dibujar la multitud e hice una serie de pinturas con el tema. En Nueva York yo era un ser anónimo y un observador. El director del Museo de Arte Moderno me dijo al examinar uno de aquellos cuadros: —“ningún neoyorquino hubiera

pintado algo semejante. Es la pintura de un hombre del tercer mundo que vive en la naturaleza y viene aquí y se encuentra con esas gentes, incorporadas a la arquitectura”.

—¿Influyó algún artista en usted?

—Pablo Neruda y su poesía, la descripción de la naturaleza de Chile. Aquel verso: “hundir mi mano en lo genital de lo terrestre”. La tierra es un cuerpo de mujer. He hablado con Matta, Zañartu y muchos pintores de mi generación y todos hemos sentido aquella influencia. El nos mostró Chile. Cuando dice: “el sur de Chile es un caballo que se hunde en el mar”. Es muy lindo todo eso. O bien cuando expresa: “Chile, largo pétalo de agua, nieve y vino”.

—¿Cómo transforma el artista en forma y color las ideas, los sentimientos, las alegrías y los pesares, y cómo se hace transmisor de eso?

—Es algo instintivo. Yo creo que la persona que tiene aquella facultad de poder expresar a través de la forma y el color sonidos y palabras, lo hace en forma inconsciente.

—Veámoslo en forma práctica. Allí hay un cuadro que es forma y color, quizás lo de Neruda, ¿verdad? ¿Cómo llegó a ello?

—El cuadro que usted señala es una escena de baile. Me gusta bailar y beber vino. Me gusta estar entre amigos, sentirme vivo. Ese cuadro es expresión de todo eso: del baile, la sensualidad, el placer nocturno, las luces de una fiesta, la alegría de vivir.

—¿Qué son esas manchas rojas?

—Son fuego. La pareja está bailando en medio de una noche. Ciertamente hay fuego. Son fuegos mentales, de alegría.

—Los bailarines del cuadro sugieren una pareja de árboles. Tal vez sean expresión de lo autóctono.

—Cuando pinté el cuadro, no pensé en una mujer árbol. Soy instintivo. Me salen las pinturas. No pensé en árboles. Me dije más bien: voy a pintar una pareja bailando. No pondré los cuerpos aproximados, sino distantes. Así pensé en un ángulo, en la pirámide. Atrás puse fuegos artificiales y alegría. Cuando mis amigos ven un cuadro mío, ellos me ayudan a poner las palabras.

—Yo diría que es un cuadro perfecto. Hay una espléndida proporción de claros y oscuros. Y hay un centro de atención vigoroso: el cuerpo de la mujer y su presencia velada en lo corpóreo. Hace pensar.

—La mayor satisfacción para un artista está en que su obra haga pensar, pues entonces la gente se queda con una idea dentro. Anoche estuve en una casa en donde hay un cuadro mío con dos personas en una cama y la cama está volando. Habían muchos invitados y se oían distintas interpretaciones. ¿Por qué la cama? He pintado varios cuadros de cama porque creo que es un lugar extraordinario. Pasamos en cama un tercio de nuestra vida. Yo he pasa-

do veintitrés años en cama. En la cama se nace, se muere, se ama, se sueña, se refugia del mundo hostil, hay en ella una tibieza que permite dormir y soñar. Y todos aquella vez hablaban del cuadro. Me sentí satisfecho de haberlo pintado y haber transmitido emociones que la gente captaba.

—*Quizás los sentimientos se expresen mejor en el color.*

—Para mí, el color es una temperatura a la que se ha de dar forma. Volviendo al cuadro que hemos estado analizando, el color allí de la calidez de la fiesta, el blanco de la pureza. Y está el otro personaje en traje de calle, con pantalón y chaqueta. El color da el clima a un cuadro y así puede ser frío o cálido. La forma es la estructura. La inteligencia está en la forma. El color es emoción.

—*En su opinión, el artista ¿forma parte de un todo que va más allá de la propia personalidad o de su grupo más próximo?*

—Hay artistas como yo que sienten eso, que pertenecemos a una sociedad en donde cada uno puede aportar ideas y sentimientos. Picasso es buen ejemplo de esto último. Cuando sucede el bombardeo de Guernica, la ciudad símbolo del país vasco, él estaba en París y aquello lo conmocionó hasta tal punto que pintó un cuadro simbolizando aquella barbarie, sin duda el cuadro más importante de este siglo. Luego sucedería la guerra de Corea y pintó la masacre de seres inocentes por acción de gente armada que disparó sobre mujeres y niños desnudos. A muchos, la noticia no los impactó limitándose a leer la crónica en los diarios y exclamar, a lo sumo: ¡qué horror!

—Volviendo a lo nuestro, también yo siento la necesidad de expresar lo que sucede en mi país porque se trata de un testimonio. Yo vi el bombardeo de la Moneda. En el momento, no alcancé a pensar. Fue un impacto tremendo. Y lo pinté, porque no podía dejar de hacerlo. No pensé friamente en dejar un documento pictórico de la destrucción del símbolo de la República. Fue algo que me salió instintivamente. Me vine al taller y pinté cinco o seis bo-

cetos y acuarelas y después cuadros al óleo del bombardeo de la Moneda. Aquello me pareció una cosa desgarradora. La mayoría de los pintores no lo hicieron. Lo conocieron como noticia que se lee en los diarios, pero el hecho no los tocó como imagen, como proyección de una obra de arte, de la expresión de un ser humano frente a un hecho así.

—*Ciertamente las emociones fuertes impactan, pero también pienso yo las otras emociones por así decirlo tranquilas: una tarde. ¿Son tan hermosos los atardeceres chilenos con arboles?*

—Son los más hermosos del mundo.

—*Con la cordillera que adquiere tonalidades diversas según la hora del día. Para mí, las luces de la tarde son las más bellas.*

—Sobre todo en el otoño. Para mí, las estaciones de transición entre el calor y el frío, primavera y otoño, son las más bellas. Estamos viviendo atardeceres maravillosos.

—*¿Pinta todos los días?*

—Cuando estoy pintando, sí. Ahora no lo estoy haciendo debido a problemas de salud. Me entretengo haciendo dibujos para ilustrar un libro con poemas de Pablo Rojas. En tiempos por así decir normales, pinto religiosamente todos los días. Me encierro en este taller en donde nos encontramos. Tengo una familia que respeta mi trabajo y me protege. Normalmente pinto cinco horas diarias.

—*¿Sale al exterior?*

—Yo no pinto frente al tema o modelo. Soy un pintor de ideas. Eso lo viví. Estuve en Roma, viví la lluvia y las estatuas de la ciudad y pinté eso. También pinté a la ciudad que devora a la selva, el cemento que va aplastando a la naturaleza. Son cuadros sombríos y expresan ideas. Me gusta la acuarela, pues es una pintura espontánea y muy libre.

—*Es una hecho que los artistas y creadores están próximos a la juventud que también es creadora y es vida. ¿Qué diría usted a los jóvenes?*

—Me siento próximo a la juventud. Mis amigos son jóvenes, mucho más que yo que estoy por cumplir setenta años. Yo les diría: no basta con tener talento. Muchos nacen con talento y ese talento se muere

por no ser aprovechado. Toman el camino fácil de hacer unas cuantas obras que después olvidan y mueren. El talento tiene que ir acompañado de trabajo, no de un mes o un año, sino de toda una vida. Picasso murió pintando. A las dos de la mañana de aquella fecha estaba pintando, se fue a acostar y amaneció muerto. No hubo transición entre su muerte y su pintura. El artista se va perfeccionando y, como los vinos, mejora con el tiempo.

—*¿Se dedica a la docencia?*

—Enseño grabado. En Nueva York aprendí grabado con Hayter que me invitó a su taller en donde aprendí esta otra técnica que no es hacer dibujo sobre papel sino sobre una lámina de cobre, poner tinta que entra en las incisiones que uno ha hecho en el metal y después se estampa. Eso me calentó y trabajé mucho con Hayter hasta que se marchó a París y yo lo seguí y continuamos trabajando. Cuando llegué a Chile, monté un taller de grabado: el Taller 99. La idea fue hacer el taller para artistas que ya tienen una imagen y quieren realizarla en grabado que es una forma artística muy democrática, ya que de un dibujo se hacen 40, 50 ó 100 copias que se distribuyen a precios módicos. En cambio el cuadro al óleo es obra única que se la lleva el comprador y se termina. Actualmente mis alumnos son artistas jóvenes a los que doy esta otra oportunidad para expresarse.

—*No tengo más preguntas que hacerle. Quizá quiere añadir algo.*

—Todo ha estado bien y redondeado. Pero no hemos hablado de Dios. Yo creo que ningún ser humano puede ser tan petulante como para decir "Dios no existe". En todas las cosas hay una presencia de Dios o de algo superior si no queremos darle ese nombre. Me pregunto: ¿por qué yo, que soy un individuo nacido como todos de un padre y de una madre tengo esta capacidad de pintar y hacer arte? Y cuando hago arte no estoy pensando que será una obra extraordinaria o maravillosa, sino superior a mí. En tal sentido afirmo, y lo digo con toda modestia, hay algo superior. Sucede que hago pintura que me sorprende. ¿De dónde salió? me pregunto. Es todo. ●